

Otro ritual del agua es la costumbre femenina de rociar a mano cada mañana la calle, en la parte que corresponde a la fachada de su casa, como primera tarea doméstica que se realiza en la creencia de librar al hogar de males, al esparcir los males espíritus con el agua arrojada al suelo en distintas direcciones antes de barrerlo.

El agua era también motivo principal del acercamiento de los jóvenes a las muchachas que al caer la tarde iban con el cántaro a la fuente, cortejándolas hasta su casa en sus viajes de ida y vuelta, que pasados unos días como pretendientes se verían aceptados o rechazados. La señal ritual de la decisión femenina consistía en verter la muchacha pretendida el contenido del cántaro en la puerta de su casa, que le obligaba a volver de nuevo con el cántaro vacío a la fuente para prolongar la conversación con el joven, señal del agrado que le despertaba el pretendiente, siendo el rociado de la puerta de su casa signo simbólico de admisión del joven.

Otra aplicación benefactora del agua es la que las mujeres retiran de la pila parroquial del agua bendita, que bendice el cura en los Oficios de Semana Santa junto al fuego, agua bendita que se cree dotada de virtudes curativas, que las amas de casa conservan para dar a los enfermos de la casa. El agua bendita que la joven cortejada ofrecía con sus dedos al pretendiente al penetrar en el templo, era también ritual amatorio y señal inequívoca de su aceptación.

Otro ritual de primavera es la denominada Carrera del Niño que tiene lugar el domingo de Resurrección en Albaladejo, usando la imagen del Resucitado como figura que encarna la primavera en el arte cristiano (Caro 1986: 94), cuya imagen portada por los jóvenes de la localidad visita a la carrera los campos circundantes para impetrar el desarrollo de buenas cosechas en los campos.

Hay también otros ritos taurinos que parecen proceder del primitivo culto sacrificial del toro, cuyo ejercicio se extiende por los pueblos españoles, donde se practica la versión más popular materializada en la vieja tradición de los encierros y acoso de reses bravas -bien sean toros, vacas o novillos-. Un fenómeno propio de la España septentrional y central que desde el País Vasco y Navarra desciende por León y la meseta castellana y manchega, sin que curiosamente su práctica apenas traspase la fachada norteña andaluza, rebasando escasamente las primeras poblaciones de la provincia de Jaén para expandirse por los pueblos albacetanos de la Sierra de Segura desde Yeste hasta Hellín, en que goza de un gran predicamento.

Tradición popular que cubre todas las fases de la fiesta taurina desde el mismo momento de la adquisición del ganado en la dehesa, cuyo